

Aeracia

Año I

Suplemento á TIERRA Y LIBERTAD

Núm. 7

UN PERÍODO DE TREGUA

Nadie puede dudar que las ideas socialistas se difunden cada vez más en el seno de la sociedad actual. El socialismo ha invadido todo el campo del pensamiento de nuestros tiempos; la literatura, el arte y también la ciencia sienten su influencia. Ha comenzado á impregnarse la clase burguesa del mismo modo que la clase obrera. La poca seguridad de las fortunas basadas sobre la explotación, los azares del enriquecerse y rápido arruinarse; el crecimiento extremadamente rápido de la clase que vive á expensas del trabajo manual de las masas, el número, que siempre aumenta, de los aspirantes á puestos lucrativos en las profesiones liberales, y, finalmente, las mismas ideas dominantes en el periodo actual, todo contribuye á empujar los jóvenes burgueses hacia el socialismo.

Si no fuese el Estado que consagra la mayor parte de su haber á la creación de nuevas fortunas burguesas y al mantenimiento de las antiguas, al mismo tiempo que impide la expansión del socialismo por medio de su educación, de sus ejércitos y de la jerarquía de sus funcionarios, el disgregamiento de la burguesía y del pensamiento burgués sería mucho más rápido.

La idea se propaga. Pero nosotros no haríamos sino expresar un pensamiento muy difuso en este momento, si afirmáramos que el socialismo ha entrado hace algún tiempo en un período de tregua: que el socialismo debe ahora someter todas sus doctrinas á una revisión completa si aspira á nuevos progresos y á cumplir su función en la obra práctica de reconstrucción social.

El socialismo de La Internacional se expresaba con una fórmula muy simple: *la expropiación*.

Era socialista aquel que reconocía que todo aquello que es necesario para trabajar y satisfacer las necesidades de todos *debe* retornar á la sociedad misma, y esto muy pronto. Que la posibilidad de apropiarse del más pequeño pedazo de tierra para privar á los otros de los medios de producir para la satisfacción de todos, debe terminar; y que esta apropiación es la causa primera de los males actuales, que el conjunto de la producción debe ser administrado por la sociedad misma y que la transformación necesaria no puede producirse sino por medio de la revolución social.

Fórmula todavía vaga, es cierto, en cuanto á sus aplicaciones prácticas, pero suficientemente clara en cuanto á su objetivo final.

Pero, poco á poco, un objetivo mucho más restringido ha venido á sustituir á aquel ya enunciado, por la influencia especialmente de Alemania,

la cual entraba entonces en el círculo de las naciones industriales de occidente y apenas había salido de las ligaduras del poder absoluto,

Se mantiene el mismo objetivo final en los considerandos teóricos del socialismo; pero al lado de éste se ha elaborado todo un otro programa para la práctica de todos los días.

Se ha hecho, poco más ó menos, como la iglesia cristiana de otros tiempos, cuando ésta afirmó un ideal superior del «cristianismo», pero admite al mismo tiempo que este ideal era imposible realizarlo en breve plazo; y por consiguiente á la par de este ideal, del cual se habla siempre los domingos—la iglesia aceptó un ideal para los otros seis días de la semana—aquel del cristiano que practica el individualismo á todo trance y mitiga apenas este individualismo con palabritas dulces sobre «el amor al prójimo» y con la limosna.

De igual modo se ha hecho con el socialismo. Al lado del ideal del cual se habla en los días de fiesta, se ha hecho lugar al ideal de todos los días: la conquista de los poderes públicos en el Estado actual, la legislación para proteger el esclavo salariado contra los excesos demasiado brutales de la explotación, y algunas mejoras en las condiciones de ciertas categorías de obreros privilegiados.

Republicano en Alemania, partidario de la huelga ó cooperador en Inglaterra y en Bélgica, más ó menos comunista en Francia, ¿por qué el socialismo no debería quedar en efecto con sus divisiones sutiles entre el ideal de los días de fiesta y la práctica de los días de trabajo?

Y después, dado el espíritu atrasado de las masas y su incapacidad para comprender el «socialismo científico», ¿no ofrece acaso mayor ventaja el agrupar, organizar las masas sobre la base de cuestiones de menor importancia y en el entretiem po hacer infiltrar en ellas los principios del socialismo? Por medio de la legislación, hecha hasta aquí en provecho de las clases poseedoras, para habituar los espíritus á una legislación hecha en beneficio de todos?... Y así sucesivamente... Este es el lenguaje adoptado; y después cada uno por sí mismo sabrá si quiere, ampliar tales argumentos tan frecuentemente repetidos.

La propaganda socialista fué lanzada según estos principios; así fué hecha en gran escala, y se conocen los resultados

Buenos ó malos, no nos detendremos á hacer apreciaciones. Lo que importa constatar es que la propaganda socialista con estos solos principios *no puede progresar más*. Se quiere por las masas obreras saber más acerca del objetivo á conseguir y voces de hora en hora más numerosas se levantan para preguntar: ¿Dónde se va? ¿Dónde y cómo podemos llegar?

Y el tiempo empuja. Las mismas causas que han dado origen al socialismo imponen el encontrar lo más pronto una solución. En los países más avanzados en industria—por ejemplo, Inglaterra, Francia, Bélgica,—el número de aquellos que producen con el esfuerzo de sus brazos el pan, los vestidos, las habitaciones y también los objetos de lujo, disminuye cada vez más, en relación á aquellos que se hacen una vida superior á la del productor, creándose los organizadores, los intermediarios y gobernantes.

Los mercados donde se venden caras las mercaderías y se compran á vil precio los productos ordinarios de los países atrasados en la industria,

son disputados con las armas en la mano por la burguesía de todas las naciones, incluso las recién llegadas, como Rusia, Italia y Japón.

El número de desocupados arrojados continuamente fuera del orden de productores, á causa de las crisis y del conjunto de las tendencias de la industria, aumenta, y reviste ya los caracteres formidables de aquellas bandadas que recorrían la Francia hacia el año 1788. Todas estas condiciones exigen inmediatos remedios; pero la fe en los beneficios de una legislación paternal se pierde no bien se comienza á probarla. Por último, todos los principios esenciales que sirven de base al viejo régimen y que hasta ahora eran mantenidos por las mentiras de la religión y de la ciencia, se desmoronan... El tiempo urge.

No es suficiente apresurarse á retocar la superficie; todos admiten que las causas que han obligado á reparar el edificio obran muy rápidamente, y que los habitantes amenazados por el sacudimiento se impacientan. Necesario es proceder rápidamente, sin retardo, á la reconstrucción completa y se pide el plan.

Vemos producirse en las masas ganadas por el socialismo, ó también solamente simpatizantes, una tregua. No se osa el caminar siempre por el mismo camino sin preguntarse: ¿Dónde se va? ¿Qué se quiere obtener? ¿Qué se habrá de realizar?

¿Dejar hacer todo—encontrar un plan y seguirlo—á aquellos cuyos nombres saldrán un día de las masas después que sean derribados los gobiernos actuales?—La sola idea hace sonreír al obrero que piensa; y los obreros que piensan son hoy muy numerosos.

Y por todas partes—en las reuniones, en los artículos de los periódicos, en las objeciones presentadas á los oradores en las reuniones públicas, en las conversaciones—se ve surgir la misma gran cuestión.

«La producción de aquello que sirve para satisfacer nuestras necesidades, sigue un falso camino. Es cierto. Abandonada al azar de la especulación, paraliza más que estimula la iniciativa. No responde de ningún modo á las necesidades; no satisface las más urgentes, mientras crea á millares las artificiales. El todo es un desperdicio inmenso de fuerzas humanas.

«La doblez funesta tomada por la industria genera las crisis—y éstas son frecuentes, cuando no son generales;—las guerras y la guerra civil ponen continuamente en peligro las pocas libertades políticas conquistadas, y produce la violencia del alto bajo el cual el trabajador no quiere estar más y responde con la violencia del bajo.

«De acuerdo con todo esto—dice el socialista que piensa,—pero cómo organizar la producción sobre una base nueva? ¿Por qué punto comenzar? ¿A qué institución social confiar la transformación? ¿Al Estado? ¿Al Parlamento?—Falso en el principio, falso en sus actos, incapaz de organizar cosa alguna, incapaz también controlar el trabajo que se apresura, abandonado á una gerarquía de administradores.

«Eso es, á los pequeños parlamentos municipales que reproducen en más pequeña escala los vicios de los Parlamentos nacionales?

«¿Acaso á los sindicatos obreros que, cuando obran por medio de representantes, crean parlamentos semejantes á los otros?

«Admitiendo también que una inspiración, de la cual por nuestra parte no se sabría el origen, los libre de los vicios comunes á las asambleas legislativas. ¿Qué fuerza tendrán para poner en práctica sus decisiones? ¿La policía, el juez, el verdugo como antes?»

He aquí de un rasgo que todo el inmenso problema de la existencia del gobierno surge ante quien se propone estas cuestiones. Y cuando se les sugiere como se hace en Alemania las palabras de «dictadura de los hombres de confianza»—podrá creerse acaso en Alemania—pero en Occidente la trinidad Robespierre-Borrás-Napoleón, surge inmediatamente ante sus ojos. Conoce demasiado por propia experiencia la dictadura para tener todavía confianza...

La prensa socialista tiene un hermoso decir que «todo ello» se arreglará en seguida, que por el momento basta votar. El socialista tiene bien inoculada la enfermedad del voto, y votar siempre,—hoy por este diputado y mañana por aquel—ó por tal otro consejero municipal pasado mañana,—según el consejo de la propia iglesia. Esto no conduce á nada: no se vota todos los días mientras todos los días surgen nuevos grandes problemas.

Pase todavía en Alemania que se avecina á su 1848 y donde el democratismo puede ser conservado con vagas alusiones á Ledrú-Rollin y á Luis Blanc, mientras todo el movimiento se dirige contra la autoridad personal del ministro ó del emperador, y contra el reino de las camarillas.

Pero esto no es suficiente ya ni en Francia, ni en Bélgica y mucho menos en Inglaterra.

Esto es lo que hace que el socialismo se detenga en su desarrollo. El número puede aumentar pero le falta la substancia. El la busca. Salido de la primera fase del entusiasmo general debe adquirir esta substancia de-terminarse, debe pronunciarse netamente y resolver las grandes cuestiones.

¿Pero como hacerlo sin declararse anárquico?

Anárquico ó dictatorial,—el socialismo debe hacer su elección y proclamarla abiertamente. Esta es la fase en la cual el socialismo está obligado á entrar presentemente—á menos que los acontecimientos revolucionarios no vengan por sí mismos á imponerle la solución. Pero aun en el seno de la tempestad revolucionaria la misma cuestión volverá á presentarse como ya lo hizo en Francia en 1848—Anarquía ó dictadura.

P. KROPOTKINE

PREFACIO

al libro todavía inédito

LA BURGUESÍA Y EL PROLETARIADO

por JOSÉ PRAT

El proletariado de nuestros días, por sus rasgos característicos, semeja uno de aquellos pueblos de la antigüedad que, hartos de brumas y de hielos y sintiéndose con derecho á mejor vida, bajaban del Norte al Sur en busca de territorio más fecundo y de mejor posición para disfrutar de la luz y del calor del sol.

El conjunto de hombres y mujeres que constituye el proletariado y que, como en la antigüedad romana, es considerado en esta sociedad como útil únicamente por los hijos que engendra, por los soldados que suministra y por la riqueza que produce en beneficio exclusivo del patriciado ó de la burguesía, no es ya la clase trabajadora española, ni la europea, es la mundial, que, sintiendo en sí la inmanencia del derecho y harta de las brumas de la ignorancia y de los hielos de la miseria, quiere gozar de la plenitud de la vida, y el problema que plantea con la conciencia de su estado y con sus aspiraciones va mucho más allá de una conquista geográfica—dado que no puede abandonar este mundo y no hay otro al alcance de su poder conquistador—y llega hasta el propósito de participar íntegra y directamente en la riqueza social.

El proletariado actual ni siquiera podría ser ya representado por la Asociación Internacional de los Trabajadores, asociación que pasó á la historia, no ya sólo por la persecución de los gobiernos, ni por las disidencias de dos grandes hombres, Marx y Bakounine, y de sus partidarios, ni por los fraccionamientos y desviaciones de los que, pretendiendo conservar jefaturas, fundan y sostienen sectas económico-filosóficas ó partidos políticos, sino por todas esas causas y además por efecto de la usurpación burguesa de los inventos científico-industriales aplicados al trabajo, consecuencia inmediata de la usurpación del patrimonio universal, legalmente sostenida por el concepto de la propiedad definido en los códigos y por sus inicuas hijuelas la herencia y la accesión.

El proletariado es, pues, la clase desheredada de todo el mundo; pero desheredada, no sólo porque no disfruta de los bienes naturales, vinculados en los propietarios; ni de los medios de producir, usurpados por los capitalistas industriales; ni de la ciencia, estancada por el Estado en la Universidad; ni siquiera del conocimiento práctico de un oficio, porque los antiguos artesanos van siendo substituídos por los obreros de hierro, animados por el pensamiento del autor, por el vapor ó por la electricidad, hasta el punto de que las fuerzas industriales artificiales puestas actualmente en movimiento al servicio del privilegio duplican y casi triplican las correspondientes al número de seres humanos que pueblan el planeta; y cuando la humanidad, servida por tales auxiliares de su genial creación, libre ya de la maldición bíblica, pudiera descansar, recrearse en su obra viendo que es buena, y dedicarse á sondear con el infinito poder de su inteligencia y de su sentimiento el infinito universal que le rodea para aumento no menos infinito de los tesoros de la ciencia y del arte, tenemos que el proletario ha venido á ser menos que el ilota espartano, menos que el esclavo antiguo y moderno y que el siervo medioeval, que trabajaban para sus señores; el proletario es el paria, detritus social; menos aún, porque al paria no se le habló nunca de redención temporal ni eterna; para él no hubo sermón de la montaña ni declaración de derechos del hombre y del ciudadano, ni un cielo prometido á cambio de la fe y de las buenas obras ni reformas prometidas por los candidatos y olvidadas por los elegidos; el paria, en su profundo vilipendio, vivía, amaba, procreaba y trabajaba en su despreciado rincón; pero el obrero, engañado y tiranizado por la Iglesia y el Estado, ofuscado por la religión y la política, reemplazado por la máquina y convertido en *Unemployed*, en obrero sin trabajo; el ex-obrero, el que ya cobró y gastó el último jornal; el imposibilitado para ganar otro, porque la máquina le reemplaza con ventaja, porque el burgués,—ciudadano del mundo

por su derecho á ser propietario en su patria y en todas las patrias,—no le necesita ya para su fortuna ni para su defensa, ni para es, está demás en el mundo, sobra, estorba; para él no hay casa, ni pan, ni amor; cumple la terrible sentencia de Malthus: «¡Que se retire; no hay cubierto para él en el banquete de la vida!»

¿Hay quien crea exagerada esta representación del obrero sin trabajo? Pues sepa el lector que, según información periodística, en los días en que se escribe lo que va leyendo, en la república modelo que fundaron los descendientes de los Puritanos y consolidó Washington, en dos de sus más ricas ciudades, en New-York y Chicago, se han presentado unos hombres cubierto el rostro y ostentando un número en el pecho á venderse por la simple y miserable pitanza, y allí donde todos creen en Dios, puesto que se persigue al ateo, donde todos son iguales ante la ley siendo todos electores y elegibles, y donde se abolió la esclavitud hace medio siglo tras sangrienta guerra civil, ¡han sido comprados! ¡Cómo no, si en aquella república hay ciudadanos millonarios, cien millonarios y hasta mil millonarios, y reyes del petróleo, del carbón, del acero, del pan y de la carne! Y no olvide que en París, en una Sociedad de Economía política, se ha declarado que en Francia, en la nación considerada como metrópoli de la democracia, sobran cinco ó seis millones de trabajadores, y si en España, en Italia, en Portugal, etc., no hay más reyes que las figuras decorativas de la lista civil ni se ha hecho tal declaración, es lo cierto que de todos los puertos de Europa salen barcos atestados de infelices que van á abonar con su carne los campos desiertos de la América del Sur ó á abaratar los salarios de la América del Norte.

Cuando Marx lanzó al mundo su famoso grito: «¡Trabajadores del mundo, asociaos!» no vió más que trabajadores explotados por los capitalistas y tiranizados por los gobiernos; hoy han variado los factores del problema: antes había artesanos que, tomando lo que para su oficio era la primera materia, presentaban un producto comenzado y acabado por sí mismos con perfección y elegancia; la maquinaria primitiva agrupaba todavía muchos obreros, pero la maquinaria moderna perfeccionada, la que toma la primera materia por un lado y da un producto perfectamente elaborado por otro como por arte de encantamento, ha introducido reformas industriales que van desde la especialización por la división del trabajo hasta la supresión del obrero por la gran ampliación mecánica, que á lo sumo exige un cuidado que por un ínfimo salario prestan mujeres y niños. Por eso el tipo del desheredado y del oprimido ha de buscarse más abajo, en el fondo de la última capa social donde yace el *unemployed*, misera unidad del misérrimo quinto estado. Por otra parte, el burgués, antes insolidario en su brutal egoísmo, ha multiplicado ese mismo egoísmo por la solidaridad malhechora de los trusts y de los sindicatos burgueses del pacto del hambre, y se despabila buscando asideros en la policía, en el gobierno, en el parlamento y hasta en la diplomacia, constituyendo ligas de defensa cuyas manifestaciones activas abarcan desde las confidencias burguesas contra sus mismos asalariados, pasando por las juntas de reformas sociales, comités de defensa, leyes de protección obrera, etc., hasta las entrevistas reales ó imperiales, en que se conciertan tratados internacionales que son como grandes timos ó complots de lesa humanidad so pretexto de afianzamiento de la paz, de desarrollo comercial, de civilización y de cultura.

Con los obreros que no trabajan ya, con los obreros amenazados de subs-

titución por nuevas máquinas, con obreros inscritos en el padrón policiaco, con todos los vivientes excluidos por el privilegio del derecho á la vida, se forma hoy La Internacional, no ya dirigida por un Consejo general ni por consejos federales nacionales, ni adoctrinada por una serie de Congresos, sino inspirada por el ansia de una vida ampliamente racional, vivificada por la acción directa, agitada por la huelga parcial y por la preparación de la huelga general, extendida por la emigración que puebla la América y las colonias, animada por la amistad y por la consanguinidad entre residentes y emigrantes, consolidada por la fraternidad en la desgracia entre los hombres de razas y nacionalidades distintas que se juntan en los grandes centros de explotación, y excitada intelectualmente por la propaganda oral y por la prensa que lleva á todos los rincones del mundo el periódico, el folleto y el libro, con el genio de la ciencia y de la literatura, con la información periodística y con la exposición de las reivindicaciones proletarias.

El sindicalismo moderno—Prat lo confirma en las páginas siguientes—ve las cosas así, y por lo mismo no limita su acción á los obreros asociados en lucha contra la explotación capitalista, ni funda exclusivamente el derecho del desheredado del patrimonio universal en la cuota sindical, sino que asocia á los asalariados y fraterniza y cuenta con la acción de los que, por carecer de trabajo y hasta de medio de aplicar su energía productora, forman la excedencia social de los desocupados.

Entre el proletariado sindicalista y libertario y el socialismo aburguesado (cooperativismo á la Rochdale, social democracia alemana, trade-unionismo inglés y americano y obrerismo político latino), hay esta diferencia: *la esencialidad de la cuota*. Para los primeros, para los que conscientemente repiten con Reclus «La Producción libre y la Distribución equitativa para todos es la realización que exigimos al porvenir,» la cuota es una conveniencia secundaria, no una justificación esencial; con cuota y sin ella se tiene derecho á vivir, á emanciparse, á ser libre, y se tiene el deber de cooperar á la revolución redentora. Para los segundos la inscripción en el registro societario y el pago puntual de la cuota es el deber originario del derecho; sin cuota no hay opción al subsidio de huelguista en la huelga reglamentaria, ni participación directa en la política encaminada á la conquista de los poderes públicos, ni—pudiéramos añadir—sueldos de secretarios y directores, ni fondos para gastos electorales. He aquí, como botón de muestra, una proposición formulada por una federación obrera, para un congreso que ha de celebrarse tres meses después de pegado este recorte, y sobre la cual habrá recaído acuerdo, probablemente afirmativo, por aquello de que las cosas caen del lado que se inclinan, cuando este libro se haya impreso: «Se acuerda que las Secciones que pertenezcan á la Federación no voten cantidad alguna para aquellas Sociedades que no pertenezcan á la Federación del oficio ó á la Unión General de Trabajadores.» Y si esto hacen unos trabajadores asociados con otros también asociados, ¿qué no harán con los infelices *unemployed*s?

La diferencia indicada representa dos vías, si no diametralmente opuestas, divergentes á lo menos: una, impregnada de atavismo, todavía influida por las viejas ideas de compra y venta, mandato y obediencia, que exigen dinero para el goce de un derecho y dan dinero por el cumplimiento de un deber, que conducen al autoritarismo dogmático que legisla y enseña, fija la conducta y las creencias; otra que deja al individuo en sus naturales

condiciones de seguir la evolución progresiva de la humanidad, formando la colectividad, sin la menor abdicación individual, por la agregación de libres coincidentes en ideas y aspiraciones. La una es seguida por ese socialismo que es todavía masa, rebaño y aunque llegara á ser ejército nunca hallaría la justicia detrás de su triunfo, lo impide la desigualdad que existe entre simples cotizantes ó soldados rasos y la jerarquía de delegados, representantes, diputados y superior inspirador ó general en jefe ó papa infalible; unos acatando un orden de ideas y órdenes directas, y otro constituido en definidor de creencias y determinador de oportunidades. Por la otra van los anarquistas, los supuestos visionarios que prestan á la humanidad el eminente servicio práctico de señalar á todo individuo ó colectividad progresista el punto culminante de la perfección social, los que disuelven las masas, los rebeldes contra toda autoridad, los que tienden á saber en lugar de creer, los que—contrariando la interpretación burguesa de la teoría darwinista acerca de la lucha por la existencia—debilitan la fuerza bruta y fortalecen la fuerza racional, anticipando respecto del ideal la seguridad de que lo materialmente débil siendo justo se sobrepondrá á lo materialmente fuerte debilitado por la injusticia.

Este libro ha venido con perfecta oportunidad de tiempo y lugar; Prat ha tenido una feliz inspiración: en la marcha particular de los proletariados nacionales hacia la unión internacional, *La Burguesía y el Proletariado* corresponde á la situación actual del español y muy particularmente á la del catalán: las persecuciones, la guerra, las crisis y la mixtificación le debilitaron, y en España, donde llegó á ser fuerte, como lo demuestra el Congreso obrero de Sevilla en 1882, que representó en perfecta organización 663 secciones, 218 federaciones locales, 8 uniones de oficios símiles con un número total de 58.000 federados, y en Cataluña particularmente, donde el partido republicano era un cuerpo de jefes sin soldados, y se llegó hasta la huelga general de Barcelona en 1902, que dió como una visión anticipada de la gran huelga general que transformará la sociedad humana, cayó el proletariado en triste marasmo, empujado, sobre todo en Cataluña, por la mixtificación y desviación republicano-lerrouxista, la persecución policiaco-gubernamental y el boicote burgués del pacto del hambre, tres plagas que han hecho estragos entre el proletariado catalán y que han desaparecido desvanecidas por ley natural del progreso.

En tal situación llegan las corrientes sindicalistas á España y singularmente á Cataluña, no á darnos una idea nueva, sino á devolvernos corregida, aumentada y perfectamente sistematizada la que los anarquistas españoles inspiramos á los franceses, discutiendo desde *Acracia* y *El Productor* con *La Revolte* sobre la conveniencia de dar impulso revolucionario á las sociedades de resistencia.

Prat se hace cargo del asunto, le estudia concienzudamente y, dada la interrupción ocasionada por la crisis actual, se constituye en continuador de la buena doctrina emancipadora.

Que los trabajadores españoles y americanos lean y mediten debidamente las siguientes páginas, y determinen en consecuencia su voluntad, es mi más vehemente deseo.

ANSELMO LORENZO

¿DELINCUENTE?

Jorge Masson es un excelente carpintero, conoce á la perfección su oficio y el trabajo nunca le falta. Inteligente y activo cumple con valor y escrupulosamente sus deberes de ciudadano: ha tomado sobre sí la iniciativa de organizar en sindicato á los obreros de su oficio, tarea que con éxito ha logrado realizar. Sus compañeros de trabajo, como prueba de la estimación en que lo tienen, lo han elegido para secretario de su sindicato.

Desde aquel día comenzó toda una vida de abnegación, de desinterés, de lucha despiadada contra los patronos rapaces y brutales. Jorge Masson está siempre en la brecha, siempre en primera fila, y no cesa de reclamar á los patronos un poco más de equidad, de humanidad; y esta enérgica é incesante campaña le acarrea un montón de enojos, le suscita por parte de los patronos toda clase de miserias y contrariedades.

¡Qué le importa! El ama esta vida de batallas y desinterés, esta vida de fiebre en la cual no mezcla ni aversiones ni odios.

Tiene un buen aliado. En esta su obra de emancipación y acción social, no está solo; es ardientemente secundado por un compañero de taller, por Pedro Forestier, con el cual hace cinco años comparte la buena batalla, sin una discrepancia, sin un mal entendido; una pareja de amigos devotos y fieles.

Un buen día, Pedro Forestier recibe la noticia de la muerte de un tío en provincia, el que al morir le ha dejado algunos miles de pesetas. Sobre esto edifica toda una maravillosa serie de sueños y antes que todos el sueño de ser á su vez patrón.

Después de todo ¿por qué él no habría de ser patrón también?

—En todo caso, le observa Jorge, tú no olvidarás á tus antiguos compañeros de dolores y no serás para ellos un verdugo.

—¿Podrías dudar de mí á este respecto?

El nuevo patrón se establece con un pequeño taller en la calle de N. Los negocios hinchán las velas y algunos meses después el pequeño taller toma un desarrollo considerable. Forestier es un patrón á quien la fortuna sopla y por cuya cuenta trabajan veinte obreros.

Por su lado, Jorge Masson está siempre en la brecha. Gracias á sus esfuerzos, á su abnegación inextinguible y á la vigorosa campaña conducida con sagacidad y audacia, el sindicato de carpinteros ha resultado vencedor en algunas huelgas memorables, obteniendo notables ventajas: los jornales han aumentado, los patronos hánse visto obligados á deponer un poco su soberbia. Pero la victoria del sindicato le produce á Jorge Masson grandes amarguras. Es el blanco continuo de los odios patronales, y encontrar trabajo se convierte para él en un problema cada día más arduo. Ninguno quiere oír hablar de él. Y sin embargo es como siempre, un excelente obrero. En vano redobla sus esfuerzos y actividad haciendo hoy más trabajo que jamás había hecho.

Los patronos no lo pueden sufrir; no pueden olvidar que es un militante temerario, que es el alma rebelde del sindicato de carpinteros; y á fuerza de ser despedido hoy de un taller y mañana de otro, al fin concluye por no encontrar más patronos. Llama en vano á todas las puertas; en vano recorre la ciudad ofreciendo sus brazos productores: no hay trabajo para él.

—Está visto, murmura á cada nuevo rechazo; está visto, es la miseria, y si fuese sólo ¡paciencia! pero la mujer, pero los hijos...

En estos terribles momentos de crisis ve su hogar, la familia, los niños que esperan un pedazo de pan...

Un rayo de esperanza se abre en aquel sudario de desolación y angustias: se acuerda de Forestier, de Pedro Forestier, el antiguo compañero de sufrimientos y luchas que ahora está establecido en N.

Pide informes á algunos amigos.

—Está muy cambiado, le contestan, pero no se atreverá á rechazaros él también; no podrias encontrar mejor ocasión, pues necesita tres obreros.

Al día siguiente, bien temprano, Jorge Masson está en el taller de Forestier, que, á la verdad, ha cambiado mucho: gordo, colorado, está repantigado tras un gran escritorio, con todos los aires de un señor; su palabra se ha hecho áspera y dura.

También Jorge está cambiado: ha envejecido extraordinariamente, su frente y rostro están cruzados de profundas arrugas, arrugas que le han impreso las privaciones, el exceso de trabajo, las preocupaciones incessantes.

Se reconocen todavía á primera vista. Forestier, turbado, se encierra en una frialdad desdeñosa; habla alto y seco:

—¿Trabajo? Después de todas estas huelgas no se puede decir que los negocios marchen bien; vos debéis de saberlo. De todos modos, volved dentro de dos ó tres días; veré de daros una respuesta.

Jorge ha oído el pretexto, adivinado la maniobra. ¿Quién lo hubiera dicho?... Forestier, un antiguo compañero, un viejo compañero de luchas, que no se atreve á decirle más de tñ, que miente pretextos para negarle á él el trabajo y á sus hijos el pan. Si hubiese sido algún otro, ¡paciencia! ¡había visto tantos! Pero Forestier, un antiguo combatiente... ¡ah, no! era, verdaderamente, demasiado dura la prueba. Una cólera sorda le invadía y dominaba, lo escuchaba preso de una atroz rabia y un anhelo de terrible venganza.

Y Jorge Masson, el hombre justo y bueno, se vió de pronto transformado en un rebelde terrible.

«Volved dentro de tres días...» le había dicho Forestier. Está bien, volveré; volveré dentro de tres días para escuchar su negativa; pero ¡ay de él!

Guardó en su casa el silencio más celoso sobre los planes que en su mente rebullían; redobló los cuidados y caricias para con sus hijos y más de una vez al estrecharlos contra su pecho dolorido, una lágrima apareció en sus ojos.

¡Pobres hijos míos! Necesario es que sean muy crueles los burgueses para vengarse así en vuestra inocencia. Rehusan el trabajo á vuestro padre para privaros del pan de que vivís. Sufría especialmente en las horas de la comida cuando los pequeños estómagos reclamaban un poco de pitanza y en sus rostros pálidos se esbozaba un mohín de disgusto ante la desprovista mesa.

¿Qué delito había él cometido para ser tratado de aquel modo? ¿No había sido siempre un buen obrero? ¿No había sido siempre un hombre honrado?

No. No podía vivir más de aquel modo entre hombres feroces como lobos, egoistas, traidores...

Llegó el tercer día. Del cajón de su mesa sacó el revólver que hacía mucho tiempo guardaba, lo inspeccionó con cuidado, hizo girar prudentemente el tambor, se aseguró de que estaba cargado, y después, abrazando á su familia, partió resuelto, decidido.

Pedro Forestier, en su taller, acogiólo turbado, con la frente obscura recida:

—¿Y ahora—interpeló Masson—ese puesto?

—Está ocupado desde ayer. No tengo nada para ti. Me disgusta...

—Eh, basta ya—interrumpió Masson;—concluye con los pretextos, con las mentiras, con la hipocresía... ¿Te acuerdas de aquel tiempo, del antiguo tiempo en que juntos luchábamos por la misma causa? Tú me alentabas con tu consejo, me asegurabas tu ayuda... Hoy también tú me niegas el trabajo.

—Los tiempos están cambiados...

—Sí, sí, los tiempos han cambiado. estás allá del otro lado de la barricada; eres un patrón, el más triste de los patronos, sin entrañas y sin corazón, un renegado, un miserable...

Y los dos hombres se miraban con ojos torvos: Forestier, pálido, vacilante, bajo la respuesta ardiente, dejaba ver el temor que sentía ante este hombre en quien rugía la pasión del deber; tenía miedo de sí mismo, de la propia villanía...

Jorge Masson, en rápida visión, recordó su familia: su pobre compañera, de mirada inmutable, buena, fiel invariablemente á todos sus pensamientos; los hijos, los hijos rubios crecidos entre las miserias y las esperanzas todas de la vida; vió todo su pequeño mundo arruinado, hundido en la desolación, en la miseria, en el deshonor de la venganza que palpita y madura en su ánimo. Y esta visión, en lugar de desarmarlo, de abatirlo, acrecentó sus furores...

La insolencia, el cinismo, la villanía del renegado le asqueaban y enardecían; no pudo resistir, no pudo sustraerse á sus pasiones, al deseo violento de una venganza ejemplar.

Bruscamente saca el revólver y dispara á quemarropa... La cabeza del traidor se despedaza contra la pared y su cerebro se esparce en grumos sanguinolentos por el escritorio.

Después, satisfecho de su obra, Jorge Masson, con paso seguro y continente sereno, va á entregarse á la policía.

Y se diría al verlo tan tranquilo, tan resuelto, que tenía la certeza de haber realizado la más bella, la más noble acción de toda su vida...

ZENNER

La obra de los gobiernos es cien veces peor que la del bandido de Sierra Morena. El bandido despoja preferentemente á los ricos; el gobierno á los pobres, y además favorece á los ricos que le ayudan al crimen. El bandido no recluta á nadie por la fuerza, los gobiernos, sí.—TOLSTOV.

¡Vivid la vida!

(Continuación)

La intervención europea en Marruecos es un problema de aristocratización. En vez de llamar á los árabes para que elijan los Parlamentos de Europa, va ésta á Marruecos para civilizarlo ó suprimirlo.

El catalanismo es una expresión de aristocracia. Se lucha por imponer el lenguaje catalán, porque el dialecto se ha aristocratizado, convirtiéndose en idioma. El brutal terror, según las escasas muestras de terroristas auténticos, es la desesperación insana, irracional, feroz y repugnante de aristócratas á quienes convierten en fieras la preterición de los inteligentes creada por el régimen democrático. Quien está en Barcelona leyendo al ignorado, eminente y dulcísimo Guanyabens, y sale en el expreso, y llega en carrera á Valdezotes, se siente para siempre catalanista. Y el catalanismo no ha triunfado, porque prefiere también el voto del elector bestia, catalán, al aplauso y á la cooperación del intelectual castellano.

El *modernismo*, que es obra de la juventud actual, exclusivamente vuestra, aunque os la quieran robar ó imitar los viejos, es la aristocratización del arte. Mis predecesores y mis coetáneos hacían arte para que la entendiesen y la admirasen los brutos, y vosotros hacéis arte para que la entiendan y la admiren los artistas. En arte habéis prescindido de los bestias que forman la mayoría del censo electoral: habéis prescindido de la democracia: os habéis aristocratizado.

Vuestros dibujos, vuestros cuentos, vuestros cantos, vuestra cultura, y vuestra arquitectura, respiran aristocracia.

En arte sois ultravertebrados, porque vuestro cráneo es una vértebra más, y vuestras vértebras un cráneo para alojar una materia gris extensa, purísima y vibrante.

En arte habéis hallado la cuarta dimensión porque desplazáis vuestros trazos y vuestras ideas como se desplazan las generatrices de las superficies gauchas, sin que pueda determinarse como pasan de una proyección á otra; como si se refiriesen también á un cuarto plano de proyección que aun no hemos concebido.

En arte sois el todo; y si lo niegan los viejos, compadecedles, porque se han dejado envejecer.

En sociología sois unos indiferentes majaderos ó unos majaderos indiferentes. Me recordáis las mujeres que todavía se dejan seducir por chucherías, como los antiguos salvajes, y hasta aspiran á intervenir en derecho político, y no se ocupan las incautas en mejorar su situación dentro del derecho civil.

Habéis creído, porque os lo han dicho los viejos, que la juventud debe estar al servicio de la vejez; y no sabéis que de hecho y de derecho la vejez está al servicio de la juventud. Y esto es tan positivo, que las leyes, aun estando hechas por vuestros explotadores, os conceden beneficios que no explotáis, quizá porque no los conocéis como las oraciones arcáicas y las enseñanzas mentirosas con que abruma vuestra memoria y atrofian vuestra inteligencia.

¡Desdichada juventud! y ¡desdichado también yo que no he tenido la comodidad de envejecer!

Desdichado soy porque mi espíritu huye de los viejos; y, por mis canas, me huyen los jóvenes.

Si yo renaciésemos y me viera entre vosotros, os enseñaría á ejercer la fuerza social que tenéis y no concebís. Y vosotros me ampararíais ya que nadie me ampara porque no puede ampararme; porque suplico á los seres cultos, y todos ellos viven á merced de diez millones de bestias manejados astutamente por un millar de caciques.

Sólo puedo deciros que améis, que riáis y que hagáis siquiera lo que yo hago.

Y es esto:

Uno de los críticos que me *salieron* cuando publiqué *Artuña*, decía en un artículo tribunicio y poniendo el paño en el púlpito:

—¡Yo quisiera saber á dónde va Silverio Lanza!

Pasó mucho tiempo, y un hermoso día de otoño ví á mi crítico en la calle de Alcalá.

—¡Hola, don Silverio!

—Buenas tardes, amigo mío.

—¿Dónde va usted?

—A dar una vuelta.

No comprendió que yo respondía á su artículo, y que mi respuesta era una síntesis filosófica: y cuando veo gente joven siento ansias de gritar:

—¡Eh, muchachos! ¡Aprovechad la ocasión, y dad una vuelta!

Ese es mi consejo.

Antes de morir, ¡vivid la vida!

Y recordad que la vida propia se puede vivir sin la vida ajena, como la digestión se hace sin el estómago del prójimo.

SILVERIO LANZA

Hacia la Sociedad comunista

A la pregunta planteada por la ignorancia y la mala fe: *¿cómo haréis para socializar los instrumentos de producción é instaurar la sociedad comunista?* respondemos lo siguiente:

Únicamente el dios de los creyentes pudo crear el mundo de golpe y porrazo. No es á nosotros, que le negamos, á quienes se pueden atribuir proyectos tan charlatanescos.

No habiendo salido de la nada todo lo que existe en el vasto Universo, la afirmación de los que nos atribuyen que queremos edificar é instaurar una sociedad nueva según las quimeras ó los ensueños de nuestras imaginaciones, es una suposición gratuita cuya tontería pertenece á nuestros adversarios.

Los soles que brillan en las insondables profundidades del espacio han necesitado miles de millones de siglos para de sus nebulosas primitivas condensarse en cuerpos gaseosos de forma esférica.

Los planetas salidos de las entrañas de los soles en torno de los cuales

gravitan, han necesitado centenares de millones de años para solidificarse y poder dejar florecer la vida en su superficie.

Millones de lustros han transcurrido desde la época en que sobre la superficie de nuestro globo en camino de convertirse en planeta, se formaron los primeros sedimentos y el tiempo que nos separa de la aparición del hombre—200.000 á 300 000 años—constituye apenas un medio por ciento de la vida orgánica de la Tierra.

Nuestra humanidad, que ha necesitado centenares de miles de años para destacarse lenta y penosamente de la animalidad, cuenta á duras penas sesenta siglos de existencia. Su misma historia positiva no se remonta más allá de la primera Olimpiada que data del año 776 antes de Jesucristo.

Tres fases caracterizan la historia, á través de innumerables destrozos y de inauditas crueldades, de la marcha ascendente de nuestra especie:

1) La esclavitud ó la libre y absoluta posesión del hombre por el hombre, *del productor por el que lo emplea.*

2) La servidumbre. No es más que una ligera atenuación de la esclavitud antigua, puesto que consagra aún *la posesión condicional del productor*, sobre todo del productor agrícola, en manos de su dueño.

La servidumbre, forma económica del feudalismo, cedió su lugar al salariado después de cuatro ó cinco siglos de luchas.

3) El salariado. Este último data solamente de un centenar de años. Es *la libertad legal ó teórica del productor de disponer de su persona.*

Pero prácticamente esta libertad se reduce para la inmensa mayoría de los trabajadores á morir de miseria y de inanición si los detentadores de los instrumentos de producción no tienen necesidad de la fuerza cerebral y muscular del asalariado ó no poseedor.

Lo que distingue al trabajador moderno de su hermano mayor el siervo de la Edad Media y el esclavo de la antigüedad, es que su libertad personal ha hecho aumentar su sentimiento de dignidad y su capacidad de rebeldía. Pero materialmente y, por consiguiente, moralmente, el obrero de nuestros días es y continuará siendo esclavo de hecho, mientras subsista el divorcio entre el productor y el instrumento de producción, es decir, mientras la primera materia, suelo y subsuelo, y las fuerzas productivas, fábricas, talleres, oficinas, etc., en lugar de ser propiedad del género humano, continúen siendo posesión de una minoría de parásitos y de dueños.

La observación demuestra que tanto en los períodos cosmogónicos y geológicos que precedieron á la aparición del hombre sobre la tierra, como en las que marcan las diferentes etapas que la humanidad ha recorrido desde que principió á tener conciencia de sí misma, la evolución progresiva se acentúa—como los cuerpos que caen hacia el centro que los atrae—y se hace más rápida á medida que se acerca al fin que es susceptible de alcanzar.

La esclavitud puso más tiempo en transformarse en servidumbre que ésta en salariado. De esto sacamos en conclusión que el salariado está llamado á desaparecer más aprisa que las formas económicas y sociales que precedieronle.

Ya los prodromos de su fin próximo se multiplican y dejan entrever en estado embrionario los contornos que revestirá la sociedad futura.

El capitalismo es su propio sepulturero. Al centuplicar las fuerzas productivas ha ido desposeyendo cada vez más de sus campos y expropiado de sus útiles á los cultivadores y á los artesanos, que á la vez se han convertido en proletarios.

Las pequeñas explotaciones privadas se encuentran en su mayor parte entre las manos de algunos arrendatarios que no son más, en suma, que unos intermediarios encargados de la distribución de los productos de la gran industria.

Los pequeños propietarios territoriales no son más que poseedores de nombre.

En esta misma Francia llamada por los economistas «idilio campesino», 139.000 propietarios sobre 5.702.752, es decir, el 2 y medio por 100, poseen ellos solos casi la mitad de la superficie cultivada del país.

Sobre esta cifra de 5.702.752 propietarios territoriales es necesario descontar los que solamente poseen una hectárea, ó sea 2.235.405. En realidad no quedan más que 3.467.347 propietarios.

Para mayor precisión agreguemos que las pequeñas explotaciones superiores á 10 hectáreas no detienen en Francia sino 12.573.000 hectáreas, ó sea la cuarta parte del suelo nacional, y que las tres cuartas partes del suelo cultivado por el pequeño cultivo están gravadas de hipotecas y cada parcela de terreno que parece poseer no es en realidad sino una parcela del gran capital territorial.

En Alemania la gran propiedad ocupa cerca de 33 por 100 del terreno, repartida entre 67.185 grandes propietarios, sobre 5.508.317 pequeños, ó sea el 1 y medio por 100.

Rusia asegura á sus ciento treinta mil nobles el 65 por 100 del territorio nacional, y el 35 por 100 restante está repartido entre unos cincuenta millones de campesinos.

En el siglo xi la gran propiedad detentaba en Inglaterra el 22 por 100 del suelo nacional. En 1872 poseía el 92 por 100. Sobre los 15.000 individuos que son actualmente dueños del suelo de la Gran Bretaña, cerca de unos 2.500 poseen los dos tercios de la superficie cultivada y 115 de estos últimos poseen unos seis millones de hectáreas, ó sea una quinta parte del terreno de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda. Por sí solo el duque de Sutherland posee 548.000 hectáreas.

Antes de la Revolución de 1789 la mayor fortuna personal de Francia era de 16 millones, mientras que nuestro contemporáneo Rockefeller tiene tres mil millones.

A título de curiosidad citaremos algunos datos que indican la progresión cronológica de esta monstruosa fortuna. Rockefeller, que es un *seld made man*, poseía en

1865	25.000 francos.
1870	250.000 »
1875	25.000.000 »
1885	500.000.000 »
1890	1.000.000.000 »
1900	2.000.000.000 »
1905 cerca de	3.000.000.000 »

Los multimillonarios pululan también en Francia, donde cerca de la mitad de la fortuna nacional pertenece á 221.000 individuos.

De estos 221.000 individuos 18.802 disponen de 35.248 millones y 1.331 personas son dueñas de 12.382 millones de francos, lo que da una media de 12 millones por cabeza para el primer grupo y de 10 millones para el segundo.

Tocante á los Estados Unidos, donde 7.000 personas poseen por cabeza

más de cinco millones de francos, es el país por excelencia de la concentración capitalista y de las fortunas escandalosas.

La mitad de la riqueza de este país, que tiene más de 80 millones de habitantes, se encuentra entre las manos de 45.000 personas. De trece millones de familias de la Unión 70 poseen 13.000 millones de francos y nueve malhechores públicos más de 5.000 millones.

El capital de los trusts se eleva á más de 45 mil millones de francos y la repartición de la riqueza total evaluada por el censo de 1900, á 95 mil millones de dollars se representa como sigue:

67 mil millones á.	250.000 personas
24 » » á.	8.000 000 »
4 » » á.	72.000 000 »

Pero lo más sintomático en el desarrollo del capitalismo no es tanto el enriquecimiento de un puñado de individuos como la formación de asociaciones de millonarios constituyendo una especie de colectivismo capitalista.

El trust americano, este sindicato de explotadores, cuyo más poderoso, *la United States Steel Corporation*, realizó en 1902, con el reducido número de 168.127 asalariados, un beneficio de 666.543.835 francos, es el prototipo del colectivismo capitalista.

F. STACKELBERG

Continuará

TRISTEZAS

—Mujer, ¿por qué lloras?

—Lloro mis penas, mis penas infinitas. Murió mi hijito, pedazo de mis entrañas, objeto de mis amores, alivio de mis pesares, consuelo de mis tristezas, suprema esperanza de mi vida desgraciada.

—¡Pobre madre! Murió, te dejó sola, abandonada; la muerte, despiadada, te lo arrebató...

—No; me lo arrebató la miseria, la madrastra cruel de los pobres. Falto de alimentos sanos, la anemia había consumido sus fuerzas y un día de frío terrible, de su débil cuerpecito escapóse el postrer suspiro, sin que pudieran detenerlo mis amorosos besos y mis lágrimas ardientes...

—¿Por qué lloráis, señora?

—¡Ay! Lloro mi cariñito, mi Leona amada, consuelo de mis nostalgias única alegría y distracción en mi vida ociosa. Ya no sentiré en mi rostro su hocio acariciador ni experimentaré el placer voluptuoso de pasar mis dedos por entre su blanco rizado pelaje. ¡Pobre perrita mía!

—¿Y de qué murió vuestro cariñito, señora?

—De indigestión. La pobrecita era muy glotona. Bien lo dijo el doctor que un día acabaría mal. ¡Ay Leonita mía... ya no sentiré en mi rostro tu hocio acariciador!...

PALMIRO DE LIDIA

Barcelona 4 Marzo 1909